

Arturo Taracena Arriola

Historia, memoria, olvido y espacio¹

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales (CEPHCIS)

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Mérida, Yucatán

ataracena@yahoo.com

La memoria histórica

La historiografía contemporánea se refiere al concepto “memoria histórica” cuando se propone rescatar del silencio y el olvido hechos dolorosos de nuestras historias recientes, como podrían ser las guerras recién pasadas en el istmo centroamericano y su cauda de dolor y frustración. En ese ejercicio, hemos tenido que aceptar que hay más de una memoria y que la memoria histórica tiene especificidades étnicas, territoriales, generacionales, de género, etc., pues es cultivada por los indígenas y los no indígenas, los patronos y los obreros, los militares y los civiles, el centro y las regiones, los países y el istmo con el fin de explicar hechos y, la más de las veces, justificar posiciones. La lectura del pasado debe apostar, entonces, por una historia profesional, que utilice conceptos y fuentes de forma seria y que busque explicar fenómenos globales, sin olvidar los particulares.

Cuando aludimos a memoria histórica casi lo hacemos refiriéndonos a algo que ha quedado soterrado en el tiempo, que ha quedado excluido de la historiografía. Sin embargo, la memoria siempre ha existido y existe. No hace mucho, los historiadores empezamos a hacer uso de ella

¹ Este texto se basa en la conferencia magistral de clausura del mismo título presentada por el autor en el XI Congreso Centroamericano de Historia realizado del 6 al 10 de agosto de 2012 en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), San Cristóbal de las Casas.

para luchar en contra de la subordinación a que el pasado y el presente han condenado a etnias, pueblos, campesinos, obreros, mujeres, homosexuales, entre otros grupos humanos. Pero, la urgencia indiscutible del resarcimiento moral y económico hacia éstos no debe opacar la necesidad impostergable de conocer críticamente lo ocurrido, lo cual implica diálogo entre memoria e historia como única forma de trascender el olvido. Sobre todo cuando hoy en día existe un vehículo poderoso para obtener el olvido como lo es la *relativización* de las causas de los hechos y las consecuencias del pasado reciente y remoto. Una herencia del postmodernismo liberal.

Lo que acá trato de transmitir es que no cabe duda que sólo nos acercaremos a la verdad histórica si tratamos con rigor crítico los hechos vividos. Solamente así evidenciaremos las falsas legitimaciones y las constantes invitaciones a pasar la hoja. Y lo podremos hacer en la medida en que pasado y presente no estén divorciados, pues ambos deben llegar a convivir.

Memoria e historia

En el sugerente ensayo “La fragilidad del pasado”, Daniel Brauer nos advierte que el principal problema de la *memoria* es que ésta tiene lugar en el presente: recordamos *ahora*. El pasado fue presente, pero no a la inversa. Retomando lo ya planteado por Paul Ricœur, éste nos recuerda la distancia irreductible que existe entre el presente y el pasado. En ese aspecto, la reflexión retrospectiva (que consiste en un proceso de comparación, puesta en orden e interpretación de los recuerdos) se vuelve fundamental. Ello permite recorrer distintos puntos de vista y compararlos, con el fin de sacar inferencias sobre lo sucedido en el tiempo y en el espacio (ver Brauer).

Roger Chartier también apunta a que la memoria histórica no se puede construir sin combinar *memoria* (sea ésta colectiva o individual) con *historia*. Historia y memoria no son lo mismo. La primera se inscribe en el orden del saber universal aceptable, sujeto a procedimientos científicos, mientras la segunda está determinada por las exigencias existenciales de las comunidades para las cuales la presencia del pasado en el presente es un elemento esencial de la

construcción de su ser colectivo, como lo evidenció en la década de los cuarenta del siglo pasado el trabajo pionero de Maurice Halbwachs.²

De ahí que hay que tener cuidado –advierte Chartier– con el tipo de historiografía que se olvida de esta diferencia, cayendo en el anacronismo. Por tanto, concluye el mismo autor, debemos suscribirnos a esa esperanza que reúne las exigencias del trabajo histórico y la promesa de las memorias, reconciliadas con ellas mismas y con las de los otros (ver Chartier 8-9).

Ricœur ya había señalado que, inquietos por los travestismos y las falsificaciones, los historiadores buscamos disipar todo riesgo de confusión entre la *historia*, entendida como un saber crítico y controlable, y las *reconstrucciones de la memoria colectiva*, que mantienen con el pasado una relación afectiva, militante o manipuladora (ver *La Mémoire*):

Hay un privilegio que no se le puede negar a la historia –escribe este pensador francés recién fallecido–, no sólo el de entender la memoria colectiva más allá de todo recuerdo afectivo, sino el de corregir, criticar, aún desmentir la memoria de una comunidad determinada, cuando ésta se repliega y se encierra sobre sus propios sufrimientos a un punto de volverse ciega y sorda frente a los sufrimientos de las otras comunidades. Es en el camino de la crítica histórica que la memoria encuentra el sentido de la justicia. (*La Mémoire* 650).

En pocas palabras, en las ciencias sociales es necesario evitar que la memoria se convierta en un refugio.

Advertido de ello, Eric Hobsbawm nos hace un llamado a superar las “barreras entre lo que ocurrió o lo que ocurre en historia y nuestra capacidad para observar esos hechos y entenderlos” (“Manifiesto” s.p.). Contradicción ésta, fomentada en gran medida por el planteamiento que él considera como anti-universalista de parte de un sector de la historiografía actual que afirma que el objetivo de la historia como disciplina no es tanto plantear lo que ocurrió, sino en qué afecta eso que ocurrió a los miembros de un grupo en particular. “De manera general –agrega el

² En el sentido de que, ser es perseverar, y sólo se puede perseverar por medio de la memoria; la memoria se construye socialmente, por lo que estamos ante un pasado producido y mantenido socialmente (ver Halbwachs).

historiador británico—, lo que cuenta para ese tipo de historia no es la explicación racional” de los hechos, “sino la ‘significación.’” (“Manifiesto” s.p.).

Hobsbawm no niega el derecho de las personas a acudir a la memoria colectiva para reivindicar su dignidad y pedir justicia, sino alude al hecho de que, en el marco del *boom* de los estudios históricos contemporáneos orientados hacia el tema de la memoria histórica, muchos de ellos han sido concebidos casi exclusivamente como un ejercicio —de hecho indispensable, pero no único— para la reparación moral o económica de las víctimas, dejando de lado el aspecto que contribuye a explicar la complejidad de lo sucedido a esos actores y/o víctimas, así como permitir al lector/ciudadano del beneficio que para un colectivo humano y para la Humanidad en general puede ser asumir su pasado de forma crítica.

El ejercicio historiográfico no puede quedarse, entonces, como un instrumental dirigido a desarrollar exclusivamente acciones legales en contra de los victimarios, sino que también debe llegar a cubrir una necesidad más que disciplinaria de comprensión del pasado, incluyendo la de los actores y los hechos que intervinieron en ese pasado con el fin de entender la continuidad histórica que de ello se deriva y que permite incidir en el presente. De ahí la importancia de desarrollar en una disciplina como la historia una vasta capacidad metodológica, que dé confianza sobre las explicaciones ofrecidas a la sociedad en su conjunto.

Por otra parte, con esta perspectiva, Hobsbawm no deja de lado la importancia que tiene el estudio de la memoria en si misma, como objeto de historia. O sea, su dinamismo, incluyendo los olvidos, los errores y las deformaciones. La memoria es una fuente para el historiador, pero también es un campo de estudio.

Este debate no es casual, sino que responde en gran medida a la naturaleza de las luchas que desde la segunda mitad del siglo XX se han dado por motivos de descolonización, contra el racismo y el carácter que han tomado los movimientos antiglobalizantes, cuyos nuevos actores son anti-estado, anti-partidos políticos, anti-transnacionales, anti-élites.

Generar memorias contrahegemónicas es legítimo y necesario, pues va ligado a los procesos de reconstrucción de identidades y a la búsqueda de actos de reparación. Pero, ello resulta algo

diferente del gesto de construir discursos históricos esencialistas, con una visión patrimonialista en torno al pasado reciente y que no toman en cuenta el análisis de las sociedades en general.

Testimonio y memoria

En esta reapropiación del pasado, nadie duda ahora que la memoria tiene un papel que jugar, pero indudablemente no es el único canal para lograrlo. El recorrido epistemológico de la memoria pasa por cuatro fases de operación historiográfica: la recogida del testimonio, la investigación en los archivos, la construcción con toda esa información del por qué explicativo y el plano de la escritura del texto. No olvidemos que el abordaje del pasado histórico sigue siendo la última e irreductible referencia de todo trabajo historiográfico.

De esa forma, el tratamiento del testimonio se sitúa en cuatro niveles. Primero, el lugar y el papel del testimonio en la etapa de la investigación documental. El testimonio resulta una extensión de la memoria, en su expresión narrativa. Indudablemente, todo testimonio se ve reforzado si se cumple la promesa de repetir el ejercicio, pues ello ayuda a lograr la fiabilidad en lo expresado por el testigo, muchas veces retenido en su primer testimonio. Segundo, el testimonio tiene que ser contrastado con otros testimonios para darle más fiabilidad. Tercero, el testimonio debe pasar también la prueba documental; es decir, ser también contrastado con los documentos escritos que se refieren a los hechos que éste narra. ¿Por qué? Por el carácter selectivo de la memoria y por el hecho de que los mismos hechos no son memorizados de la misma forma por cada individuo o colectivo. Cuarto, las memorias varían según los períodos.

En resumen, la frontera entre la memoria como objeto de la historia y la memoria de los individuos exige un tratamiento metodológico para ser utilizada como fuente histórica. No olvidemos que el olvido es un elemento ligado al proceso de rememoración y al ejercicio del testimonio. Un olvido que se puede dar por razones del tiempo transcurrido, por lo individualmente involuntario, por lo voluntariamente olvidado, por la censura comunitaria o colectiva, etc.

De ahí que insistamos en que recuerdos y memoria no son necesariamente lo mismo. La memoria implica un todo; una lucha en contra del olvido y los tajos que le damos a la memoria por vergüenza, horror, dolor. Hay hechos que sólo somos capaces de que afloren en nuestra memoria si nos acompaña la sociedad entera, pues sólo así podemos soportar el recuerdo. De ahí que lo importante de la memoria sea el que nos ayuda a luchar contra el olvido. Esa debe ser una de las metas de la nueva historiografía.

Ricœur recuerda, a su vez, que la fenomenología de la memoria se da en torno a dos preguntas: ¿De qué hay recuerdo? y ¿De quién es la memoria? Debemos agregar una tercera: ¿Para qué el uso de la memoria? En este último plano hay dos posibilidades: la compensación, que es la que hoy en día parece dominar mucho de los objetivos académicos, y la comprensión del pasado tal y como sucedió para todos. Ambas se dan con fines presentistas y, a mi juicio, no tienen por qué ser excluyentes, sino más bien complementarias.

Queda claro, pues, que el peso de los hechos y aún el de las memorias colectivas es muy variable, y los grandes acontecimientos históricos son vividos y están interiorizados de forma desigual, por lo que la Historia –con mayúscula– juega allí un papel trascendental para fijar la veracidad. La historia explica al mundo, pero no necesariamente lo redime, mientras que la memoria sí tiende a hacerlo. Ese es el poder de esta última y, al mismo tiempo, la trampa para quienes acudimos a ella como fuente histórica. La memoria debe de ser un puente para la historia de calidad y no sustituirla.

La historia como terreno de posibilidades

La Historia es un terreno de posibilidades. Las posibilidades de estudiar el pasado para comprender el presente. Ello pasa por el desafío de cultivar la erudición, la seriedad teórica conceptual, el uso de fuentes y, también, por el desafío de estimular la imaginación histórica, entendida ésta como la capacidad de imaginar escenarios a partir de la lectura de las fuentes y de confirmarlos con la recreación de las hipótesis y la formulación de los conceptos.

Los jóvenes deben de conocer la historiografía precedente, pero no fiarse mecánicamente de ella. Hay que saber separar la paja del grano. Asimismo, las nuevas generaciones deben de establecer sus propias preguntas y contrastarlas con una exhaustiva indagación de las fuentes documentales. Como dice Antonio Machado: “se hace camino al andar”, pero también debemos recorrer caminos ya andados si queremos comportarnos de forma profesional. En sí, el quehacer histórico puede ser campo de batalla de dogmáticos y de heterodoxos, entre localistas y universalistas. La línea entre ambos grupos de historiadores a la hora de plantear hipótesis y hacerse preguntas, de combinar las fuentes y de producir conceptos, de acumular saber y de prestar herramientas teórico-metodológicas a otras ciencias sociales, la da la imaginación histórica. Sí, los historiadores debemos de cultivar nuestra capacidad de recrear escenarios a partir de las fuentes consultadas.

Los historiadores necesitamos aprender a resolver problemas, a plantear preguntas, a analizar la realidad con una voluntad de lograr independencia cognoscitiva a manera de que haya creatividad a la hora de resolverlos. Sólo lo lograremos si antes nos hemos apropiado del conocimiento histórico-cultural que ya otros descubrieron, en la medida en que su socialización nos dará los elementos para que propongamos soluciones creadoras, escenarios explicativos, nuevas preguntas para abordar las fuentes que nos alimentan con una ambición universalista, tanto en cuanto a las ciencias sociales como a la cultura en general.

Asimismo, debemos de recordar que los trabajos y los documentos de archivo no son las únicas fuentes de representación del pasado. Deben de ser completados por los textos de ficción, las obras de teatro, los ensayos, los panfletos, etc., así como por documentos no escritos: fotografías, cuadros y, sobre todo, películas, documentales y mapas.

Tiempo, espacio y memoria

Generalmente, los historiadores estamos pendientes de la variable tiempo, la gran constante en nuestra investigación y lo hacemos en detrimento del espacio. Nos olvidamos del espacio y su

complemento el paisaje, aunque no existe actividad humana sin ellos. Tanto el espacio como el paisaje son constantes de la memoria y, por tanto, deben de serlo del quehacer histórico. La relación entre tiempo y espacio nos debe ayudar –al contrario de cómo suele ocurrir– a no caer en los “ismos” y entre estos, el peor para el oficio del historiador, el nacionalismo ramplón. ¿Cómo podemos pretender hacer congresos desde Panamá a México si nos acantonamos en fronteras de hace menos de doscientos años? No es que no existan éstas y las particularidades que las acompañan, sino que, a partir de las fronteras actuales, resulta difícil construir metodologías y conceptos que permitan analizar el todo en la larga duración y, al mismo tiempo, respetar cada uno de sus períodos históricos. De ahí que si bien existen tiempos y espacios particulares para cada uno de nuestros países, también los existen para el todo que representa un congreso con dimensión ístmica.

Es decir, resulta difícil hacer historias precolombinas, coloniales y decimonónicas si nos empeñamos en usar los espacios nacionales de hoy en día para explicar realidades prenacionales. El rigor historiográfico debe de estar por encima de los sentimientos patrióticos.

La polifonía territorial lleva inherente múltiples sentires, saberes y miradas que en su origen no todos pertenecen al Estado nacional: las territorialidades prehispánicas, las coloniales (civiles y religiosas), las regionales, etc. pocas veces están presentes como tales en las cartografías de las investigaciones. Ello evidencia la dificultad que tenemos los historiadores e historiadoras actuales para que entren en nuestros mapas mentales, presos de la impronta que marcan las líneas de los Estados nacionales.³

No olvidemos que memoria, tiempo y espacio dialogan en la medida en que coexisten un espacio construido y otro imaginado, lo que hace que exista una memoria territorial, que a la vez la podemos ubicar con base en memorias narrativas, en memorias cartográficas, de las que muchas veces prescindimos cuando les pasamos el peine de la impronta nacionalista. Un ejercicio que no ayuda necesariamente a entender la compleja construcción de los Estados-nación y que termina por facilitar consensos particularizados. El consenso debe de darse entre nosotros a partir

³ Ideas sugeridas por la lectura de Funes.

de la disciplina, de nuestra apuesta por las ciencias sociales y no por el país que nos vio nacer. Tenemos, pues, el reto de que este tipo de congresos nos permitan contribuir a construir un nuevo paradigma historiográfico para comprender el espacio, el tiempo y las memorias colectivas que abarcan.

Concluyamos

Volviendo al tema principal de esta conferencia, me gustaría retomar algunas de las principales reflexiones que Jean-Pierre Rioux ha hecho sobre la relación entre historia y memoria. Considera que cada vez es más la tentación de rebasar la línea divisoria entre ambas y, así, ponerse a jugar con la interpretación entre una historia que busca cubrir la dimensión nacional y otra que se concentra en las memorias colectivas que nutren la identidad de los grupos que las poseen o reinventan, sobre todo cuando las segundas atacan a la primera. Para él, hay que evitar que, por una parte, la Historia se convierta en sirvienta de una memoria nacionalista o, por el contrario, que esté al servicio de una memoria colectiva esencialista.

Por lo tanto, se vuelve obligatorio para los historiadores e investigadores sociales apoyar el paso previo a develar las memorias colectivas, pues el estudio de éstas conlleva aceptar que se debe hacer una “orquestación de tiempos polifónicos” para entender a cabalidad la evolución de éstas y darle sentido a sus razones de ser.

Recapitulando, en primera instancia, la memoria se define como una lucha en contra del “olvido”⁴ y este último es el reto por excelencia opuesto a la ambición de la fiabilidad de la primera. Es más, el olvido manifiesto es también un olvido ejercido (ver Ricœur, *La memoria*). Recordemos, también existe la memoria creadora de olvidos (ver Ricœur, *La memoria* 577 y ss.).

O sea, debemos evitar ejercicios historiográficos que parten de una “memoria manipulada”. Por una parte, debemos evitar desproveer a los actores no centrales⁵ de la

⁴ Vocablo que viene del latín *oblatum* = olvidar el nombre; *oblitare* = no conservar en la memoria, ser negligente.

⁵ Se entiende por *subalternos* a aquellos grupos sociales que no pertenecen al de élite, que representan la diferencia demográfica entre la población mayoritaria y esa élite, que se caracterizan por su resistencia ante ella como respuesta

posibilidad de ser narrados con imparcialidad y aún más, de narrarse a sí mismos, para no caer en una “organización del olvido hacia los otros”, como ya lo ha hecho notar el cientista social de la India, Gayatri Spivak. Por la otra, debemos evitar manipular la memoria para victimizar esos actores subalternos quitándoles su dimensión de actores sociales en el marco de una historia general.

La Historia engloba el horizonte de los hechos pasados de una forma más amplia que la memoria en la medida en que, siendo presente, esta última tiene un horizonte menos amplio que el del tiempo histórico. A su vez, la historia se inclina por introducir comparaciones que tienden a relativizar la unicidad de la interpretación.

Estas son, pues, algunas reflexiones que me ha parecido oportuno compartir con Ustedes al haberme concedido el honor de dictar esta conferencia magistral de clausura. Muchas gracias a los organizadores y lo mejor para los presentes.

Bibliografía

Brauer, Daniel. “La fragilidad del pasado”. *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Ed. Manuel Cruz. Barcelona: Piados, 2002. 35-52.

Chartier, Roger. “Le Passé au Présent”. *Le Débat* 122 (diciembre 2002): 4-11.

Funes, Patricia. “Prohibido pensar América Latina. Hermenéuticas y cartografías”. *Vielstimmige Vergangenheiten – Geschichtspolitik in Lateinamerika*. Eds. Berthold Molden y David Mayer. Viena/Berlín: LIT, 2009. 57-78.

Halbwachs, Maurice. *La mémoire collective*. (1939). París: Presses Universitaires de France, 1950.

Hobsbawm, Eric. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica, 1998.

Hobsbawm, Eric. “Manifiesto para la renovación de la historia”. *Le Monde diplomatique en español* Diciembre 2004.

a las condiciones de explotación a las que están sujetos y que son, por tanto, capaces de producir elementos ideológicos que contribuyen al regionalismo y al nacionalismo en un país dado (ver Spivak 18-23).

<<http://www.monde-diplomatique.es/?url=mostrar/pagLibre/?nodo=2fc968ca-b59b-4034-b525-10c1f8cc833a#>>

Ricœur, Paul. *La Mémoire, l'Histoire, l'Oublie*. París: Éditions du Seuil, 2000.

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2003.

Rioux, Jean-Pierre. “La memoria colectiva”. *Para una historia cultural*. Eds. Jean-Pierre Rioux y Jean-Francois Sirinelli. Madrid: Taurus, 1999. 341-371.

Spivak, Gayatri Chakravorty. *¿Pueden hablar los subalternos?* Trad. Manuel Asensi Pérez. Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona, 2009.